



**EDISON,**  
Thomas Alva



**PICASSO,**  
Pablo



**FRANK,**  
Anne



**LENNON,**  
John



**GANDHI,**  
Mohandas

# También fueron jóvenes

Jordi Sierra i Fabra



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2013, Jordi Sierra i Fabra  
© 2013, de las ilustraciones, Fernando Vicente  
© 2013, de esta edición, Editorial Casals, SA  
Tel.: 902 107 007  
www.editorialbambu.com  
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2013  
ISBN: 978-84-8343-269-3  
Depósito legal: B-16227-2013  
*Printed in Spain*  
Impreso en Índice, SL  
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si ne-  
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /  
93 272 04 45).

# También fueron jóvenes

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Fernando Vicente

**bam  
bú**  
EDITORIAL

## Prólogo

Un día lejano, muy lejano para todas ellas, esas personas ancianas e importantes cuyas fotos vemos en las enciclopedias o en Internet, vivas o ya muertas, fueron jóvenes. Más aún, fueron niños.

Niños como cualquiera.

Y también niños diferentes.

Como cualquiera porque a los ocho, diez, doce o quince años, nadie deja de actuar como lo hacemos todos a esa edad. Diferentes porque en su mente y en su alma tenían ya una semilla, un sueño, un anhelo por el que estuvieron dispuestos a darlo todo.

Incluso su propia vida.

Esa es la fuerza de la grandeza.

La fuerza de las grandes vocaciones, artísticas, científicas...

Es curioso que muchos extraordinarios artistas y científicos tuvieran problemas en la niñez. Trastornos, bipolaridades, esquizofrenias, retraso en los estudios y malas calificaciones, dislexias, incluso formas de autismo que determinaron a maestros y padres a concebir muy pocas esperanzas sobre su futuro. Pero de esas peculiaridades surgió su genio, dando pie a lo que para muchos ha sido siempre una certeza: que la distancia entre genialidad y locura es muy pequeña.

Otra semejanza curiosa es que, a no pocos hombres y mujeres que un día lograron sus sueños, sus maestros en la escuela les dijeron que no llegarían nunca a nada, incapaces de ver su genio.

Hay cientos de pioneros, avanzados a su tiempo, rompedores, visionarios, y miles de historias que hablan de superación y apasionada entrega en pos de esos sueños. Aquí he tratado de reflejar tan solo unas pocas de estas historias, entre ellas... la mía, sin que por ello pretenda compararme a grandes personajes como Edison, Einstein o Picasso.

En este puñado de relatos del pasado, hay narraciones sorprendentes (Mozart), dramáticas (Anne Frank), curiosas (Edison, Jules Verne), singulares (Gandhi), de superación (Jane Austen, Einstein), pero en todas (menos en Anne Frank, que murió de

niña), vemos los gérmenes del adulto que años después aportaría algo a la historia de la humanidad.

Estos textos son adaptaciones libres de la realidad, pequeños retazos biográficos novelados, y en modo alguno pretenden ser el fiel testimonio, palabra por palabra y detalle por detalle, de lo que les sucedió a todos ellos en su momento.

Bienvenidos al viaje.

Jordi Sierra i Fabra



**VERNE,**  
Jules

---

p. 13



**EDISON,**  
Thomas Alva

---

p. 29



**AUSTEN,**  
Jane

---

p. 53



**PICASSO,**  
Pablo Ruiz

---

p. 67



**LENNON,**  
John

---

p. 83



**EINSTEIN,**  
Albert

---

p. 109



**GANDHI,**  
Mohandas

---

p. 127



**MOZART,**  
Wolfgang A.

---

p. 143



**FRANK,**  
Anne

---

p. 161



**SIERRA  
i FABRA,**  
Jordi

---

p. 177



**VERNE,**  
**Jules**

El mayor creador de novelas de aventuras y el más insólito visionario del futuro a través de ellas nació en Nantes, Francia, el 8 de febrero de 1828 y murió el 24 de marzo de 1905 en Amiens. A los ocho años la señora Sambain, la viuda de un marino que regentaba la escuela en la que estudiaba, le contó anécdotas de los viajes de su marido. Fascinado por las historias y con la imaginación desbordada, nació su interés por la aventura y su pasión por la escritura. Pese al éxito ya en vida de sus novelas, como *Viaje al centro de la Tierra*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la Luna*, *Cinco semanas en globo*, *La isla misteriosa*, *La vuelta al mundo en ochenta días* o *Miguel Strogoff*, sus coetáneos no lo valoraron nunca y jamás fue admitido en los círculos literarios o intelectuales

franceses. La mayoría de sus obras ha sido llevada al cine y, por si fuera poco, con múltiples versiones.

Jules Verne avanzó en sus novelas inventos tan decisivos en la historia del siglo xx como los aviones, los helicópteros, la televisión, las naves espaciales o los submarinos. Después de Agatha Christie, es el autor más traducido del mundo.

Dos hechos curiosos marcaron su infancia junto con esos relatos narrados por la señora Sambain. Cuando su padre le internó en un colegio, trató de fugarse por la ventana trezando unas sábanas por las que se descolgó. Fue descubierto. Con once años, sin embargo, protagonizó su más insólita experiencia: se escapó de casa para embarcarse en un navío que iba a las Antillas. Quería viajar y conseguir un collar de perlas para su amor, su prima Caroline.

## Nantes, Francia, 1839

**Los barcos se alineaban** en el puerto fluvial formando una fila junto al muelle. Los altos palos, las velas arriadas, la recia solidez de las amuras, los cabestrantes o las gavias, las poderosas quillas dispuestas a romper las aguas de los siete mares, las cofas desde las que se vislumbraba el lejano horizonte. Conocía todas las partes de un buque. Se sabía de memoria sus componentes. Tantos y tantos nombres llenos de poesía y encanto, fuerza y vida, obenques, botalones, toldillas, burdas, el timón...

Jules miró hacia atrás.

Disponía de unas horas antes de que empezaran a buscarle.

Unas horas.

¿Suficientes?

Salió a la luz y paseó entre los hombres que cargaban o descargaban los barcos. Unos se irían cuando sus bodegas estuvieran llenas, otros acababan de llegar y las vaciaban. Nadie le prestó la menor atención. El muelle era un hervidero, como siempre.

Pero esta vez lo veía con otros ojos.

Ya no sería un espectador, sería un protagonista.

Cuando llegó al extremo del muelle y hubo examinado el último barco, dio media vuelta y desanduvo lo andado. Ya tenía seleccionados tres, *Valiant*, *La Coraline* y *La Damme*. El primero parecía el más grande, el tercero el más veloz, pero *La Coraline*...

El nombre era casi igual al de Caroline.

Suspiró al pensar en ella.

Lo malo de todo aquello era que no la vería en mucho tiempo, hasta que regresara. Lo bueno era que también lo hacía por ella. Sus sueños y ella.

Lo entendería.

Y le esperaría.

Contempló *La Coraline* con el corazón palpitándole en el pecho.

Luego se acercó a la pasarela.

No llegó a poner un pie en ella, porque el hombre que la custodiaba desde arriba lo detuvo en seco.

–¡Eh, tú, mocoso! ¿Qué miras?

–¿Cuándo zarpa este barco?

–Mañana al alba, ¿por qué?

–¿Está la tripulación completa?

El marinero se cruzó de brazos.

–El capitán se encuentra ahora en la compañía consignataria, ¿por qué? ¿Quieres enrolarte, pequeña pulga?

–¿Qué compañía es?

El hombre señaló un lugar a su espalda, un edificio de viejas maderas de gastado color caoba, dos pisos, con el nombre de *Compagnie des Amériques*.

–¡Gracias!

–¡Será mejor que no te acepten, porque si vienes aquí te haré fregar la cubierta de proa a popa! –se rio el marinero.

Jules echó a correr. Sorteó a un par de estibadores doblados por el peso de los fardos que transportaban y llegó a la puerta de su destino. Parte del éxito de su empresa residía en poder zarpar cuanto antes, sin demora, o sería tarde. Una vez cruzado aquel umbral, se encontró en una oficina con un largo mostrador. Había una fila de hombres cargados con petates, bultos atados con cuerdas y pañuelos con los extremos anudados. El que les atendía tomaba sus nombres y sus datos.

–Jean-Luc Forestier, marinero...



El hombre del mostrador lo anotaba con esmero en una libreta, de forma pausada. Mojaba la pluma de tanto en tanto y luego reiniciaba su escritura paciente.

–¿Quieres darte prisa? ¡A este paso el barco se irá sin nosotros! –protestó el último de la fila.

–¡Ningún barco se va sin tripulación! –rezongó el escribano.

Hubo algunas risas.

Jules no supo qué hacer.

Si guardaba la cola, tal vez se metieran con él, como acababa de hacer el de la pasarela.

Los grumetes eran los más indefensos.

Se acercó al mostrador y miró por encima, apoyando la barbilla en él.

–Santo Dios, visto desde aquí pareces un decapitado –oyó como decía una voz.

El hombre, con uniforme de capitán, apareció por su izquierda.

El chico levantó la cabeza y se apartó del mostrador.

–¿Qué quieres? –El oficial frunció el ceño al ver que no se apartaba.

–Enrolarme, señor.

–¿Dónde?

–En *La Coraline*.

–Ese es mi barco –dijo con voz grave.

–Entonces yo seré su grumete, capitán.

Se miraban a los ojos, el uno al otro, con determinación el niño, con autoridad el hombre.

–¿Y si ya tuviera uno?

–Entonces le diría que dos grumetes son mejor que uno, y que yo soy mejor que cualquier otro.

Consiguió hacerle sonreír.

–Vamos a las Antillas y estaremos fuera muchos meses.

–Lo sé.

–¿Cuántos años tienes?

–Doce –mintió–. Cumpliré trece en unos días.

–Pareces más pequeño.

–De tamaño tal vez, pero le aseguro que...

–¿Cómo te llamas? –lo detuvo el marino.

–Jules Verne.

–¿Y por qué quieres ser grumete, Jules Verne?

–Porque amo el mar, porque es mi vida, y porque no tengo otro camino que trabajar o morir de hambre aquí –dijo con aplomo.

–¿No tienes familia?

Temió ponerse un poco rojo, pero aún así continuó mintiendo lleno de aplomo.

–No, señor.

–¿Nadie?

–Mi madre murió hace unos días. Mi padre era marinero pero no le conocí. –Tomó aire y agregó:– Le aseguro que no se arrepentirá, capitán. Si se arrepiente, puede arrojarme al mar.

–Ten por seguro que lo haré. –Alzó una ceja y la sonrisa desapareció.– Ven.

Le siguió hasta el otro lado del mostrador. Jean-Luc Forestier estampaba su firma en el documento que el escribano acababa de ponerle delante. Una firma consistente en una simple aspa. Las condiciones del trabajo y el salario no importaban. Todas las compañías y todos los barcos eran iguales. Lo importante era no estar en tierra demasiado tiempo. Los marineros callaron al ver al hombre que iba a dirigir sus vidas en alta mar.

–Señor Servion...

–¿Sí, capitán? –Guardó el papel con la firma del marinero.

–Este es Jules –le presentó–. Jules Verne. Tómele la filiación y mándemelo de inmediato al barco, ¿de acuerdo?

El señor Servion miró al chico.

–¿En calidad de qué? –preguntó absolutamente serio.

–De primer oficial, por supuesto –dijo el capitán con un recio tono de voz.

Los hombres, todos, incluidos Servion y él, tardaron un poco en reaccionar.

Un poco en echarse a reír.

Pese a las carcajadas, Jules se mantuvo firme.

El corazón a mil.

Acababa de conseguirlo.

Al alba se iría en *La Coraline*, rumbo a su destino.

**Sentado en el extremo del pequeño malecón** abierto sobre el río, se sintió ridículo y furioso.

Todavía le dolía el cuerpo, así que se llevó una mano a la espalda, allí donde la vara de su padre había dejado, huella tras huella, el reflejo de su enorme enfado. Más aún que el hecho de haber sido azotado, lo que le exasperaba era el final de su escapada, la ingenuidad de los acontecimientos en sí, la forma absurda de haber tenido que volver a Nantes.

Ahora, difícilmente podría repetirlo.

Dirigió una mirada preñada de nostalgia al río, que se perdía caudaloso rumbo al mar. El Loira era navegable y Nantes disponía de puerto. El mismo pueblo del que él había escapado unos días antes.

Todo parecía ya muy lejano.

Lo malo era que le llamasen «niño».

¡Tenía once años!